

PERCEBES

Esta obra obtuvo el Premio Asturias Joven de Textos Teatrales 2012 convocado por la Consejería de Presidencia, según fallo del jurado:

Presidenta:

Carmen Sanjurjo González

Vocales:

Natalia Menéndez Rodríguez

Ignacio del Valle

Dolfo Camilo Díaz

Rosario Hernández Catalán

Ana Vega

Secretaria:

Margarita Llamas Cuesta

David Barreiro

PERCEBES



GOBIERNO DEL PRINCIPADO DE ASTURIAS



Primera edición: abril 2013

© David Barreiro

PROMUEVE

Consejería de Presidencia. Dirección General del Instituto Asturiano de la Mujer y Políticas de Juventud

EDITAN

Consejería de Presidencia. Dirección General del Instituto Asturiano de la Mujer y Políticas de Juventud
Impronta

DISTRIBUYE

Servicio de Publicaciones de la Consejería de Presidencia | Impronta

CATALOGACIÓN Y ARCHIVO EDITORIAL

Servicio de Publicaciones de la Consejería de la Presidencia

CUBIERTA, DISEÑO Y COMPAGINACIÓN

Marina Lobo

© IMPRONTA

La Merced, 29, 3.º
33201 Gijón
impronta@telecable.es | Tfno. 985 09 83 42
<http://improntaeditorial.wordpress.com>

ISBN 978-84-940205-8-2

DL AS 0323-2013

Producción: Gráficas Eujoa

De los resistentes es la última palabra.

ALBERT CAMUS

ESCENARIOS

Primera escena.— Un despacho de un edificio de oficinas.

Segunda escena.— Una calle vacía.

Tercera, cuarta, quinta y sexta escenas.— Un pequeño apartamento.

LUGAR

Madrid

TIEMPO

El (amargo) presente

PERSONAJES (orden de aparición)

DAVID (30 años)

JUANJO (40 años)

ADOLFITO (voz) (10 años)

CONCHA (voz) (60 años)

MENDIGO (EZEQUIEL) (55 años)

VECINO (50 años)

T. (25 años)

ANA (30 años)

PRIMERA ESCENA

Un modesto despacho en un rascacielos de Madrid. Tras un amplio ventanal, la noche en la ciudad iluminada por las luces navideñas. En el interior, sentado a la mesa, está DAVID revisando unos papeles, tomando notas, consultando archivos. Llaman a la puerta.

DAVID.— Adelante

(Abre la puerta JUANJO, uno de los guardias de seguridad de la empresa.)

JUANJO.— Señor Quirós, ¿qué hace aquí todavía?

DAVID.— Trabajar, Juanjo, trabajar, ¿le parece poco?

JUANJO.— ¿No se va a celebrar las fiestas con su familia?

(DAVID sigue tecleando la calculadora y tomando notas, sin levantar la vista de los papeles.)

DAVID.— Sí, Juanjo, enseguida voy, no se preocupe.

(JUANJO se queda mirando un instante y luego cierra la puerta. DAVID sigue con su trabajo. Coge los papeles de un montón, los repasa y los deja en el otro. Cuando los ha revisado todos, mira el reloj, deja el bolígrafo, coge el maletín y guarda todos los documentos en él. Después marca el teléfono que tiene sobre la mesa y conecta el «manos libres». Suena la señal de llamada. Contesta un niño entre un rumor de voces y risas.)

ADOLFITO.— ¿Quién es?

(DAVID habla con voz impostada.)

DAVID.— Soy Papá Noel.

ADOLFITO.— Mentira.

DAVID.— ¿Cómo que mentira? ¡No digas eso jovencito o esta noche te quedarás sin regalos! ¡Jo jo jo!

(Al otro lado del hilo, una voz de mujer que se acerca al teléfono, es CONCHA.)

CONCHA.— ¿Quién es, Adolfito?

ADOLFITO.— Es el tío David haciendo el tonto.

CONCHA.— ¡Dámelo y siéntate allí con tus primos que se te enfría la sopa! ¡Hola cariño! ¿Cómo estás?

DAVID.— Bien, mamá, ¿y vosotros?

CONCHA.— ¡Fatal! ¡El cordero me quedó como tu padre! ¡Sequísimo!

DAVID.— Siempre dices lo mismo, mamá. Seguro que está para chuparse los dedos.

CONCHA.— ¡Qué va! Es por ese maldito horno, no vale para nada.

DAVID.— ¿Y por qué no lo cambias?

CONCHA.— ¡Bueno!, ¡tampoco es para tanto! Tu padre tampoco vale para nada y no lo voy a cambiar por eso.

DAVID.— Si te oye papá, te deja.

CONCHA.— Pues espera, que grito.

(Ambos se ríen.)

DAVID.— Bueno... ¿entonces estáis bien?

CONCHA.— Sí, sí, muy bien. Y tú, ¿dónde estás? ¿En casa de los padres de Ana?

(Pausa.)

CONCHA.— ¿Estás ahí?

DAVID.— ¿Eh?... sí... claro, en casa de los padres de Ana, claro. ¿Dónde si no?...

CONCHA.— ¿Y qué tienes para cenar?

DAVID.— ¿Para cenar? Pues... ya sabes... lo normal: marisco y esas cosas.

CONCHA.— ¿Qué marisco?

DAVID.— ¿Y qué más da?

CONCHA.— Pues hay muchos tipos de marisco y no es lo mismo uno que otro. Vamos, digo yo.

DAVID.— Eh... pues... percebes, mamá, percebes.

CONCHA.— Percebes, ¿eh? Y luego para tu cumpleaños te regalan unos calcetines. De verdad que...

DAVID.— Descansa un poco, mamá...

CONCHA.— Sí, sí... descansa... Bueno, hijo, tú pórtate bien y no dejes nada en el plato, ¿eh?

DAVID.— ¡Mamá, por favor!

CONCHA.— ¡Qué pasa!

DAVID.— ¡Tengo treinta años!

CONCHA.— ¿Y?

DAVID.— Pues que no puedes hablarme como si fuera un niño. ¡Soy Director de Recursos Humanos!

CONCHA.— Y yo Directora de mi familia.

DAVID.— Hay algo más que la familia en el mundo, mamá. Aunque no lo creas.

CONCHA.— Pues no.

DAVID.— ¿Pues no, qué?

CONCHA.— No hay nada más que la familia, hijo. La familia lo es todo en la vida. A ver si empiezas a darte cuenta de eso.

(Pausa.)

DAVID.— Eh... me están llamando para cenar, mamá, tengo que dejarte.

CONCHA.— ¿Cuándo venís?

DAVID.— Pronto.

CONCHA.— ¿Y cuándo es pronto?

DAVID.— Pues pronto. Lo contrario que tarde.

CONCHA.— Hace mucho que no os vemos.

DAVID.— Estoy muy ocupado desde...

CONCHA.— Ya, ya lo sé, desde que te nombraron director.

(Se oye cómo al otro lado del hilo telefónico un plato estalla contra el suelo.)

CONCHA.— ¿Pero se puede saber...? ¡Hijo! Tengo que colgar que tus sobrinos la están armando...

DAVID.— ¿Y sus padres?

CONCHA.— Sus padres están demasiado ocupados pelando gambas.

Porque aquí comemos gambas, y congeladas claro, aunque a Ana le regalara un vestido de boutique por su cumpleaños.

DAVID.— Mamá...

CONCHA.— Bueno, bueno. cuídate mucho cariño y dale recuerdos a Ana. ¿Puede ponerse un momentín?

DAVID.— Eh... es que ahora está ayudando a su madre en la cocina...

CONCHA.— Pues le das un beso de mi parte y le dices que tengo ganas de verla.

DAVID.— Vale, mamá...

(Se oye un vaso que se rompe.)

CONCHA.— ¡Pero qué demonios...! Un beso, hijo.

DAVID.— Un beso, mamá, ¡Ah! Y dile a ...

(CONCHA cuelga y se escucha la señal de la comunicación interrumpida que ha cortado las palabras de DAVID.)

DAVID.— ...los demás que Feliz Navidad.
(DAVID *apaga la luz de la mesa y sale.*)

Oscuro

SEGUNDA ESCENA

DAVID *camina por la calle, se detiene a ver los escaparates de tiendas ya cerradas, sin cruzarse con nadie. Todos están en sus casas cenando. Va a ritmo pausado, sin prisa por llegar a ningún lugar. Pasa junto a un mendigo que toca una dulce melodía con su armónica. Se detiene junto a él. El MENDIGO deja de tocar.*

MENDIGO.— ¡Bonito traje!

DAVID.— Gracias.

MENDIGO.— Feliz Nochebuena.

DAVID.— Igualmente.

(El MENDIGO mira hacia el cielo.)

MENDIGO.— ¡Me conformaré con que no llueva!

(DAVID rebusca en el bolsillo del pantalón de donde saca unas monedas que lanza a la lata que tiene el mendigo ante sí. Algunas caen fuera y el MENDIGO las mete.)

MENDIGO.— ¡Que Dios te bendiga!

DAVID.— ¿Dios?

MENDIGO.— Bueno, quien sea.

DAVID.— Eso espero. Lo mismo digo.

MENDIGO.— Gracias.

(Pausa.)

MENDIGO.— Venga, vete ya, te estarán esperando...

(Pausa.)

DAVID.— La verdad es que no tengo prisa.

MENDIGO.— Prisa... hacía mucho que no escuchaba esa palabra...

¿Qué hora es?

DAVID.— Las diez.

MENDIGO.— Se pondrán nerviosos si no llegas.

DAVID.— Me temo que nadie me espera.

MENDIGO.— ¿Nadie?

DAVID.— No.

MENDIGO.— ...

(Pausa.)

MENDIGO.— ¡Lástima! La familia lo es todo.

(DAVID, que ya había empezado a caminar, se para en seco, se da la vuelta y se acerca al mendigo.)

DAVID.— ¿Cómo has dicho?

MENDIGO.— ...

(El MENDIGO se sorprende, mira hacia otro lado, disimulando.)

DAVID.— ¿Qué es lo que has dicho?

MENDIGO.— Nada, no lo sé, olvídale.

DAVID.— ¿Que lo olvide? ¿Y por qué lo has dicho?

MENDIGO.— No lo sé, llega la Navidad y me pongo sentimental. ¿Tú no?

DAVID.— No, la verdad es que no. Quizás si nevara...

MENDIGO.— No fastidies, que me quedo cubito...

DAVID.— Ya...

MENDIGO.— Hace siglos que no nieva.

DAVID.— Recuerdo que cuando era niño y nevaba, pasábamos el día entero en el jardín de casa. Teníamos un jardín enorme.

MENDIGO.— ¿Ya no vives ahí?

DAVID.— Sí. Bueno, yo no, mis padres.

MENDIGO.— ¿Y ya no hay jardín?

DAVID.— Sí, de hecho es el mismo que antes. Pero fue menguando a medida que yo crecía. Todo se ha quedado pequeño en aquella casa. ¿Y tú? ¿No jugabas con tus hermanos a tiraros bolas de nieve? ¿No hacíais muñecos en el jardín?

MENDIGO.— No.

DAVID.— ¿Por qué?

MENDIGO.— Para empezar, en mi época no había jardines. Eso es un invento de ahora. Había matorrales, campo, hierba, prados, pero no jardines. Y nosotros éramos los muñecos de nieve. Pasábamos el invierno ateridos.

DAVID.— ¿Ateridos?

MENDIGO.— Muertos de frío.

(Pausa larga.)

DAVID.— ¿Qué vas a hacer esta noche?

MENDIGO.— ¿Esta noche?

DAVID.— Sí. Es Nochebuena, ¿recuerdas?

MENDIGO.— Pues verás, tengo una cena de gala en el Ritz y una fiesta de disfraces en el Club de Tenis, aún no me he decidido...

DAVID.— ¿Vas a pasar aquí la noche?

MENDIGO.— ...

(DAVID mira alrededor.)

DAVID.— No parece un sitio muy acogedor...

MENDIGO.— Como alguien dijo una vez... cualquier lugar es bueno para pasar de largo... Hasta luego, amigo.

(El MENDIGO se acomoda para disponerse a dormir. DAVID sigue caminando pero se detiene. Se da la vuelta y se queda unos segundos pensando hasta que vuelve a caminar en dirección al mendigo.)

DAVID.— ¡Vamos!

MENDIGO.— ¿Qué?

DAVID.— Nos vamos a mi casa. Hoy tú eres mi familia y yo soy la tuya. Haremos el jardín más grande otra vez.

(DAVID recoge la lata y los enseres del MENDIGO y sale a toda prisa. El MENDIGO se levanta con cierta dificultad y va tras él.)

MENDIGO.— Quieto ahí, chaval.

(David se detiene.)

DAVID.— ¿Qué sucede?

MENDIGO.— La vida no es un puto cuento de Dickens, lo sabes ¿no? Yo no soy uno de esos mendigos amables a los que invitas a casa en Nochebuena y en la comida de Navidad ya son como de la familia, que entonan canciones tristes y duermen a los nietos con cuentos infantiles. Si he terminado aquí es porque no he hecho las cosas demasiado bien, ¿comprendes?

DAVID.— Nadie merece acabar en la calle.

MENDIGO.— Quizás yo sí.

DAVID.— Pero no hoy.

(DAVID termina de recoger las cosas y sale caminando. El MENDIGO niega con la cabeza.)

MENDIGO.— ¡Oye! ¿Qué tienes para cenar? ¡Soy frutariano!

Oscuro.

TERCERA ESCENA

Un diminuto apartamento con una mesa, un sofá frente a la televisión y, junto a la pared, un armonio sepultado por archivadores y papeles. A la derecha la puerta del baño, a la izquierda, la de la calle. En la pared, un ventanuco por donde entran los rayos de la luna y se ven los pies de los peatones que pasan por la calle.

DAVID.— ¡Pasa! Estás en tu casa.

MENDIGO.— Gracias.

DAVID.— ¿Qué te parece?

MENDIGO.— Es muy acogedor... el vestíbulo, por lo menos.

DAVID.— En realidad... esto es toda la casa.

MENDIGO.— ¿Y esa puerta?

DAVID.— Es el octavo de baño.

MENDIGO.— ¿Has dicho octavo?

DAVID.— Sí, es la mitad de un cuarto de baño normal.

MENDIGO.— Ah...¿Y dónde duermes?

DAVID.— El sofá se abre. Es muy cómodo, caben tres personas de pequeño tamaño, dos medianas o una grande.

MENDIGO.— ...

DAVID.— Pero es muy cómodo. Cuelgan un poco los pies, pero en cuanto te quedas dormido ni te das cuenta...

MENDIGO.— Ya veo, ¿y dónde cocinas? No es por nada, pero pensaba que me habías invitado a cenar...

(DAVID abre un armario. En su interior está la cocina. Hace el gesto de un mago que concluye su truco.)

DAVID.— ¡Tachán!

MENDIGO.— Supongo que esto es lo que llaman cocina minimalista.

DAVID.— Solo hay un hornillo pero me las apaño.

(El MENDIGO ladea la cabeza y alza las cejas.)

DAVID.— En total son veintitrés metros útiles.

MENDIGO.— ¿Útiles? Quiero decir... ¿veintitrés? Sí que han cambiado las cosas desde que yo tenía techo, sí...

DAVID.— Pues es un chollo, no te creas, y ¡exterior!

(DAVID apunta con el brazo estirado el ventanuco por donde se ven los pies de la ciudad. Le hace al MENDIGO un gesto para que observe con él.)

DAVID.— ¡Mira! Si te pones aquí... no.... aquí... no... aquí, sí, aquí y apagas las luces se ven las estrellas.

MENDIGO.— ¡Como en mi casa!

DAVID.— ¿Sí?

MENDIGO.— Sí, es una de las ventajas de vivir en la calle...

DAVID.— ¡Ah! Claro... en realidad solo se ve una. Pero brilla mucho.

MENDIGO.— ¡Qué barbaridad! ¡Qué lujo!

DAVID.— ¿La ves?

MENDIGO.— Sí, Polaris.

DAVID.— ¿Polaris?

MENDIGO.— La estrella polar.

DAVID.— ¡Ah! Bueno, sé que no es mucho pero, tal y como están las cosas, no me puedo quejar. ¡Venga! ponte cómodo que voy a ir preparando la cena.

(El MENDIGO se sienta en el sofá mirando a su alrededor, mientras DAVID va hacia la pared y pone música en un pequeño reproductor, después va hacia la cocinalarmario y comienza a preparar la cena.)

MENDIGO.— ¿A qué te dedicas?

DAVID.— Trabajo en una multinacional.

MENDIGO.— ¿En cuál?

DAVID.— Chanchonais.

MENDIGO.— No me suena.

DAVID.— Es francesa.

MENDIGO.— ¿A qué os dedicáis?

DAVID.— Gestionamos intangibles.

MENDIGO.— ¿Cómo?

DAVID.— Negociamos con intangibles... activos que no se pueden ver ni tocar...

MENDIGO.— Intangibles, eh...

DAVID.— Sí... El capital intelectual, por ejemplo, es un intangible de muchísimo valor para una empresa. Pero hay muchos otros...

(Pausa.)

MENDIGO.— ¿El miedo es un intangible?

DAVID.— Por supuesto: el miedo, la desconfianza, la inseguridad. No sabes el valor que tienen en el mercado. La gente trafica con ellos.

MENDIGO.— ¿Y el amor?

DAVID.— No, el amor no es un intangible.

MENDIGO.— ¿Entonces qué es?

DAVID.— El amor es una putada.

(Pausa.)

MENDIGO.— ¿Y cuál es tu labor en la empresa?

DAVID.— Soy director de Recursos Humanos de la delegación en España.

MENDIGO.— Eso suena muy bien...

DAVID.— Es que está muy bien.

MENDIGO.— ¿Y qué es lo que haces?

DAVID.— ¿Que qué hago? A ver cómo te lo explico... Pues la verdad es que un poco de todo: gestiono las entrevistas de trabajo, doy las vacaciones, tramito los despidos, esas cosas.

MENDIGO.— ¿Despides a trabajadores?

DAVID.— Si no son eficientes o necesarios para la empresa sí.

MENDIGO.— ¿Y qué sientes al hacerlo?

DAVID.— Nada.

MENDIGO.— ¿Nada?

DAVID.— No es culpa mía.

MENDIGO.— ¿Ah no? ¿Y de quién es?

DAVID.— Del sistema.

MENDIGO.— ¿Y tú no eres parte del sistema?

DAVID.— Yo tan sólo soy un eslabón más de la cadena. Si no lo hiciera yo, lo haría otro...

MENDIGO.— Ya...

DAVID.— Además, tengo una técnica.

MENDIGO.— ¿Para despedir a la gente?

DAVID.— Sí, bueno, para todo. Me la enseñaron en un máster que hice el año pasado, en una asignatura titulada (*DAVID hace un gesto con las manos para indicar el título*) *Ética: un síntoma de fragilidad*. La técnica se denomina Cosificación Inmediata. Es tan sencillo como imaginar que la persona que tienes delante es un objeto, un problema que tienes que resolver. Así no piensas que está a punto de jubilarse, que tiene familia o cualquier otro asunto que pueda despistarte de tu objetivo. Eso te permite tomar las mejores decisiones para la empresa.

MENDIGO.— Objetos en lugar de personas.

DAVID.— Exacto.

MENDIGO.— Suena un poco frío.

DAVID.— Frío, sí, pero ¡eficaz!

(Pausa.)

MENDIGO.— ¿Y te gusta?

DAVID.— ¿El qué?

MENDIGO.— Tu trabajo, ¿te gusta?

DAVID.— La cuestión no es si me gusta o no. Lo importante es que soy muy bueno en mi trabajo y que después de cuatro años he conseguido algo que nunca había soñado.

MENDIGO.— ¿El qué?

DAVID.— Un puesto de dirección, con capacidad de decisión, responsabilidad y mando sobre los de abajo.

MENDIGO.— Goebbels decía lo mismo.

DAVID.— ¿Quién?

MENDIGO.— Nadie...

(Pausa larga.)

DAVID.— El trabajo es importante.

MENDIGO.— Me parece que no tanto como crees.

DAVID.— ¿Ah no?

MENDIGO.— Hay cosas más importantes en la vida.

DAVID.— Desde luego tú no le das mucha importancia...

MENDIGO.— ¿Qué quieres decir?

DAVID.— Sentarse en un banco y esperar por la limosna de los demás no me parece que sea un trabajo, precisamente...

MENDIGO.— Bonita manera de hablarle a un invitado, sí señor.

DAVID.— Puede que me esté arrepintiendo de que hayas venido.

(Pausa larga.)

DAVID.— ¿Qué haces durante tanto tiempo? En la calle, me refiero, ¿no te aburres?

MENDIGO.— Sí, a veces sí.

DAVID.— Me lo imaginaba.

MENDIGO.— Ahora tengo menos trabajo que antes...

DAVID.— ¿Qué dices? ¿De qué trabajo hablas?

MENDIGO.— De las obras.

DAVID.— ¿Trabajas en obras?

MENDIGO.— Bueno, no es que trabaje al estilo tradicional. No soy albañil ni nada de eso. Controlo cómo van las obras, echo un vistazo, doy mi modesta opinión, comento detalles con el jefe...

DAVID.— Como un jubilado.

MENDIGO.— Sí, de hecho hay mucho jubilado haciendo lo mismo. Hay que tener cuidado con ellos.

DAVID.— ¿Cuidado? ¿Por qué? ¿Te atacan con el bastón?

(DAVID se ríe, hace la comedia como si golpeará con un bastón.)

MENDIGO.— Nunca se sabe... Si vas un día no pasa nada, pero como empieces a ir más a menudo, ya no les parece tan bien. Me acusaron de intrusismo, *(Imita voz de anciano.)* que si «esta obra es mía», que si «llevo quince años merodeando por esta manzana y me pertenece», que si «vete a otro barrio»... ¡Bah!

DAVID.— Joder con los jubilados...

MENDIGO.— Sí, y ahora con la crisis es todavía peor. Como no se hace nada nuevo y la cosa está muy parada, se amontonan en las pequeñas reformas: abren una acera para meter un tubito y ya hay cuarenta jubilados dando instrucciones. Quitá esto... pon aquello... ¡Bah! A ver si mejora esto un poco porque, si no, no sé adónde vamos a parar...

(El MENDIGO sigue a lo suyo y DAVID lo mira sorprendido.)

DAVID.— Me parece que, digas lo que digas, estás igual que yo...

MENDIGO.— ¿A qué te refieres?

DAVID.— Tú también te obsesionas con el trabajo...

MENDIGO.— Yo solo digo que, ¿de qué te que te sirve ese trabajo si no disfrutas con lo que haces?

DAVID.— Pero es que no es cuestión de disfrutar con lo que haces, sino con lo que eres. Yo soy alguien en mi trabajo.

MENDIGO.— Eso no sirve para nada.

DAVID.— Te equivocas, sirve para muchas cosas.

MENDIGO.— ¿Por ejemplo?

DAVID.— Pronto podré comprarme una casa.

MENDIGO.— ¿Esto no es tuyo?

DAVID.— No, es de alquiler.

MENDIGO.— Parece mentira que alquilen trasteros como este...

DAVID.— Bonita manera de hablarle a un anfitrión.

MENDIGO.— Puede que me esté arrepintiéndome de haber venido.

(Ambos sonríen concediéndose una tregua.)

MENDIGO.— ¿Puedo pasar al baño? Me gustaría asearme un poco antes de cenar.

DAVID.— ¡Sí, claro! Pasa...

(El MENDIGO entra en el baño, DAVID coge una bolsa de la mini-nevera, una olla del miniarmario y unos utensilios para cocinar de los minicajones. Mientras, en el baño, de reducidísimas dimensiones, el MENDIGO se acicala en el lavabo sentado en la taza del retrete, no tiene espacio para estar de pie. Hablan de una estancia a otra alzando la voz.)

DAVID.— ¿Qué significa que eres frutariano?

MENDIGO.— Que sólo como carne de ciervo poco hecha.

DAVID.— ¿Cómo?

MENDIGO.— ¡Que sólo como fruta! ¿Qué va a querer decir?

DAVID.— ¡Ah! Es que nunca lo había oído.

(El MENDIGO apenas puede desenvolverse en un sitio tan pequeño.)

MENDIGO.— Pero no te preocupes... hoy puedo hacer una excepción.

DAVID.— ¿Es por creencia religiosa?

MENDIGO.— No. Es por la lluvia.

DAVID.— ¿La lluvia?

MENDIGO.— Sí, como viste, mi casa también es exterior y, la verdad, llueve bastante. Corro serio riesgo de oxidarme y por si no lo sabes la fruta es el mejor antioxidante que hay. Hace mucho calor aquí, ¿no?

DAVID.— Sí, es la calefacción central. Puedes abrir la ventana.

(El MENDIGO abre la ventana que da a un patio interior y se encuentra al vecino de la casa de al lado que está en su baño y tiene la ventana abierta. Se estrechan la mano.)

MENDIGO.— Usted debe de ser el vecino.

VECINO.— Y usted el vagabundo que todos deseáramos llevar a casa en Navidad para sentirnos mejor con nosotros mismos, como si un solo día de bondad anulara el egoísmo del resto del año.

MENDIGO.— El mismo.

VECINO.— Encantado.

MENDIGO.— Un placer.

(El MENDIGO se da la vuelta y continúa refrescándose y lavándose. Mientras, el vecino se despide antes de irse.)

VECINO.— ¡Feliz Navidad!

MENDIGO.— ¡Feliz Navidad!

(DAVID sigue cocinando y el MENDIGO sale con un aspecto mucho mejor del que tenía antes de entrar. Se coge el cuello de la camisa con los dedos y la agita para atenuar el calor.)

MENDIGO.— ¡Qué barbaridad! ¡Qué calor!

DAVID.— Lo sé. En invierno hace un calor insoportable y en verano... también.

MENDIGO.— Como en Jamaica...

DAVID.— Algo así.

(El MENDIGO curioseaa por el piso, cogiendo objetos, libros y lo poco que encuentra en él. En una repisa hay varias fotos de una chica.)

MENDIGO.— ¿Es tu novia?

DAVID.— Eh... ¡sí!, ¡claro! ¿Por qué lo preguntas?

MENDIGO.— Por hablar de algo...

DAVID.— Ya estábamos hablando de algo...

MENDIGO.— Ya, pero...

DAVID.— Ya, pero, ¿qué?

MENDIGO.— Yo qué sé, me extraña que no pase contigo la Nochebuena, solo es eso...

DAVID.— ...

MENDIGO.— Por eso te lo preguntaba, quizás no fuera tu novia...

DAVID.— ¿Ah no?, ¿y qué iba a ser? ¿eh? ¿mi ex novia? ¿Te refieres a eso? ¿A que tengo fotos de mi ex novia aunque se haya marchado? ¿A que mantengo ese hilo fino y casi roto de esperanza? ¿A que no he conseguido olvidarla y pretendo que todo siga como antes? ¿Como si nada hubiera sucedido? ¿Como si siguiéramos viviendo juntos en este nido de amor que día a día fuimos construyendo trayendo ramitas de los árboles del Retiro en nuestros piquitos con los que después nos besábamos hasta que cantábamos el amanecer? ¿Es eso lo que quieres decir?

MENDIGO.— Chaval, no sé qué cojones estás cocinando pero yo no lo quiero.

(DAVID respira hondo y agacha la cabeza.)

DAVID.— Perdona... eh... eh... ¿Cómo te llamas?

MENDIGO.— Ezequiel.

DAVID.— Yo soy David.

MENDIGO.— Encantado.

DAVID.— Encantado.

(Se estrechan la mano con excesiva formalidad, como dicta el protocolo.)

EZEQUIEL.— Tú, como si estuvieras en tu casa.

DAVID.— Es que estoy en mi casa.

EZEQUIEL.— Por eso mismo.

(DAVID se da la vuelta y sigue cocinando.)

(Pausa.)

EZEQUIEL.— ¿Puedo ayudarte en algo?

DAVID.— Eh... sí... puedes ir poniendo la mesa.

EZEQUIEL.— ¡Perfecto!

DAVID.— Ahí tienes los cubiertos.

(EZEQUIEL abre un cajón.)

EZEQUIEL.— Aquí solo tienes cubiertos para el postre.

DAVID.— ¿Eh? ¡Ah! No... no... son éstos los que tienes que poner. Es que el cajón no tiene profundidad y no caben cubiertos más grandes. En ese armario están los platos y los vasos.

(EZEQUIEL maniobra para coger los utensilios pero se choca constantemente con DAVID que está cocinando.)

EZEQUIEL.— Perdona.

DAVID.— Tranquilo.

EZEQUIEL.— Disculpa.

DAVID.— Tranquilo.

DAVID.— Disculpa.

EZEQUIEL.— Nada, nada...

(Cada cosa que coge EZEQUIEL la observa con creciente curiosidad. Todo parece sacado de una juguetería: vasos, platos y cubiertos son muy pequeños. Cada uno que coge lo observa con estupefacción.)

EZEQUIEL.— ¿Y la mesa?

DAVID.— Debajo del sofá, con las sillas.

(EZEQUIEL se agacha y saca de debajo del sofá una mesa y dos sillas plegables que también parecen de juguete, en las que apenas entran, como si estuvieran sentados en pupitres de la escuela. Las coloca y sobre la mesa pone los platos y cubiertos.)

EZEQUIEL.— ¿Y si viene alguien más?

DAVID.— ¿Quién va a venir?

EZEQUIEL.— No lo sé, la chica de las fotos, por ejemplo.

DAVID.— No, ella no va a venir. Nadie va a venir. Esta noche estamos solos.

EZEQUIEL.— Sí, como todas las demás.

Oscuro.